La Revista

Organo de la Academia Guatemalteca, correspondiente de la

ACADEMIA ESPAÑOLA

Tomo III — GUATEMALA, 16 DE MAYO DE 1890. — Núm. 1

SUMARIO

	Página
"LA REVISTA," Su Pasado y su Porvenir	297
LITERATURA NACIONAL, A. B.	298
LOS LAGOS DE MEXICO, Poesìas, P. Rafael Landívar	300
VIAJES POR ESPAÑA, A. Gómez Carrillo	304
PROVINCIALISMOS, Antonio Batres Jáuregui	309
TRADUCCION LITTRÉ, Manuel Echeverrìa	312

GUATEMALA:

Tipografìa y Encuadernación "EL MODELO," Calle del Hospital No. 29

1890.

La Revista

Organo de la Academia Guatemalteca, correspondiente de la

ACADEMIA ESPAÑOLA

Tomo III GUATEMALA, 16 DE MAYO DE 1890. Núm. 1

LA REVISTA

se publica los días 1 y 16 de cada mes.

Subscripción al año, $3.00.

Números sueltos, 1 real.

Anuncios, á precios convencionales.

Administrador :

BALDOMERO G. SIGUERE,

Gerente de "El Modelo," No. 29, 10a. Calle Poniente, á quien debe dirigirse toda comunicación referente á la administración de "La Revista."

Se venden números sueltos en el "Emporio de Luz."

LA REVISTA

Su pasado y su porvenir

Nacida nuestra publicación el 1º de mayo de 1888, ha entrado ya en el año tercero de su existencia, favorecida siempre por los amantes de la literatura patria, y alentada por el apoyo moral que han querido generosamente prestarle, en el interior y en el exterior, los que simpatizan con el centro literario al cual sirve de órgano.

El sostén de este quincenal en ese bienio, ofrece un testimonio de lo que vale el diligente esfuerzo, cuando sin retroceder el hombre ante los obstáculos y llevando en mira fines útiles y desinteresados, no desmaya en su tarea y la prosigue con la misma buena fe con que la ha acometido. La Revista continúa, pues, manteniéndose, á pesar de los embarazos inseparables de una empresa de esta índole en nuestro país; la administración ha pulsado dificultades para ejercerse con provecho, y las agencias del exterior, en su mayor parte, no han remitido los productos de las subscripciones respectivas.

Tales estropiezos quedan ya en lo sucesivo allanados para la Academia, al favor del contrato que se acaba de celebrar con la nueva tipografía "El Modelo," la que, tomando como negocio suyo la edición de nuestro quincenal, cuidará de que circule con más amplitud, y se administre convenientemente. Vivirá así en mejores condiciones el periódico, alcanzando desarrollo más cumplido, y moviéndose, como hasta hoy, en esfera del todo independiente, sin otro auxilio que el que le proporcionan los abonados, y sin otros recursos que los deducidos del interés que naturalmente tomará la empresa propietaria.

Los académicos han procurado en todo caso conquistarle el favor del público, ya por la rectitud de la intención, reflejada en los escritos que se le destinan, ya por la amenidad que á los materiales se empeñan en proporcionar, mezclando lo serio con lo ligero, lo filosófico con lo recreativo, para complacer en lo posible á los diferentes lectores. En ese camino se ha sostenido La Revista, preservando siempre su existencia de la censura reservada á los que, desconociendo sus deberes, se apartan del orden moral, punto de partida de toda labor útil y noble;

y si después de leído un número no se le arroja con el desdén que merece lo que sólo se dirige á satisfacer pasiones ingratas, algo se habrá conseguido, aun cuando nada nuevo se enseñe, aun cuando no se cubra de flores el sendero de las bellas letras; que á veces basta, para ganar crédito, demostrar que se trabaja con sanos propósitos, sin hacer sátiras de lo bueno ni apologías de lo malo.

Estudios filosóficos de reconocida utilidad, para purgar de provincialismos y otros defectos el lenguaje, han contribuido á llenar las columnas de La Revista, alternando esos artículos con los que á la historia patria se refieren y que tienen por objeto exhumar noticias encerradas en viejos archivos y poner en su punto la verdad que en esa materia debe prevalecer. Esos y otros escritos, ya en prosa, ya en verso, sobre asuntos meramente literarios, han alimentado esta publicación; y al contemplar el camino recorrido, no por pueril vanidad, sino por tomar aliento para seguir adelante, se complacen los colaboradores en creer que el lector benévolo aprecia sus fatigas, y en tal supuesto no les faltará la voluntad firme que se requiere para seguir afanándose por el sostén y el buen nombre del órgano de la corporación académica de Guatemala.

Literatura Nacional.

El mote de las presentes líneas pudiediera hacer creer á algunos que vamos á tratar de aducir pruebas que tiendan á poner en claro que tenemos una literatura propia, con caracteres peculiares; tesis á la verdad insostenible, y que no alcanzaría á ser justificada ni por lo que Silvio Péllico llamaba *hipocresía del patriotismo.* Tampoco participamos de la idea de aquellos que, enemigos del pasado, é ignorantes del desarrollo literario que preside á la primera época de la literatura patria, creen que las producciones todas de los ingenios guatemaltecos, fueron despreciable hojarasca, saturada sólo de trasnochado misticismo y de amaneramiento ridículo. La pasión empaña á veces el prisma tras que se divisan históricos panoramas, y la ignorancia presuntuosa va ciega y desalada en lucubraciones hipotéticas. Es la imparcialidad histórica la que debe guiar la pluma en asuntos del presente linaje, y la crítica serena la llamada á escribir los epitafios de los literatos notables y á adornar con guirnaldas de siemprevivas los sepulcros de los que en sus escritos nos dejaron el fruto de su talento y el perfume de su corazón.

No es asunto baladí, como á primera vista pudiera juzgarse, el investigar los orígenes del desarrollo literario de una nación y el salvar del olvido los primeros esfuerzos hechos por nuestros ascendientes en pro del cultivo de las artes bellas; labor que, en varias de las repúblicas hispanas, han acometido y llevado á término hombres verdaderamente amantes del país á que pertenecen. En Guatemala no faltan elementos para formar una verdadera historia de nuestras producciones literarias, desde los tiempos anteriores á la conquista hasta nuestros días; ni tampoco faltan nombres por todo título recomendables, que han dejado marcada su huella en el campo de las letras, durante los años tranquilos del régimen colonial. Más rica de lo que se cree generalmente esa época en producciones de mérito, prestaría material copioso para dar luz á un cuadro que, ojos preocupados no pueden imaginárselo sino cubierto de manchas y sombras.

Si es verdad que en este continente hubo pueblos que gozaban de una civilización relativa, que se admira más, cuanto menos era presentida por los españoles; no puede decirse á lo serio que la América fuese el relicario de la cultura humana en nuestro planeta, á la época

del descubrimiento de Colón; no puede decirse, ni menos sostenerse con la autoridad que proporciona el criterio histórico, y que corrobora la ciencia filosófica, que los indios estuviesen más civilizados que los españoles. Quizá en los días en que Roma daba leyes al mundo, era Cuba la que imperaba en América; pero la patria de los Césares había alcanzado un brillo tal, que no hay término de comparación con el que entonces tuvo la perla de las Antillas. Si Votán salió de la Habana y fue á desarrollar las energías vitales de Nachán y Palenque, y el sacerdote Zamma desenvolvió la civilización, como legislador y como sabio, es todo ello relativo á aquellos lugares y á aquellos tiempos; bien que de tal suerte se entusiasman algunos anticuarios cuando contemplan las reinas indias, que quisieran compararlas con los palacios, columnas y monumentos de Herculano, Pompeya y la antigua Roma; mientras que no falta quien crea que el aborigen de América era más culto, más humano, más ilustrado, que el europeo de principios del siglo XVI. Pero, como dice un eminente escritor, cada uno puede equivocarse si le place; pero no es dado falsear la historia, ni desnaturalizar los hechos apasionadamente.

Decimos todo esto, porque aunque no faltaron entre los indios, como no faltan en ningún pueblo, quienes se dedicaran á las musas, ni faltaron tampoco *areitos* ó *mitotes* populares, que revelaban la expansión de las primitivas gentes que poblaron estas comarcas, no hay que exajerar el mérito de tales producciones, que por lo raras, antiguas é inesperadas, no carecían de interés; pero que, en manera alguna, pueden ponerse en parangón con las rimas de Ovidio y Horacio, ni con los romances populares de la heroica patria del Cid y de Pelayo.

La época de la dominación española, ofrece en medio de la obscuridad de aquellos tiempos, y aún en la época en que las letras habían decaído en la península ibérica, algunos rastros de luz en la América latina.

El primero de nuestros poetas, por ejemplo, es en el orden cronológico el esclarecido Rafael Landívar, ya que de Juan de Mestanza, nada se sabe á punto cierto. Como clásico, humanista y versificador, alcanzó el vate de la Antigua Guatemala tan extensa fama, que no solo en México, se ha escrito en elogio suyo, figurando su nombre dignamente en la "Biblioteca de Beristain," sino que en Europa mereció muchos aplausos.

Ya en otro número de este periódico publicamos algunos datos acerca del ilustre bardo, á propósito de la reproducción que se hizo de la poosía intitulada *Una pelea de gallos*. La circunstancia de ser el original latino traducido por el famoso Heredia, abonaba ya, aunque de ello no había necesidad, la obra de Landívar. No faltó, sin embargo entonces quien motejara el haber dado cabida á tales versos, sin publicar los que dedicó á Guatemala; pero no tuvo en cuenta la censura aquella vez, que la paráfrasis de Heredia era casi desconocida, por no figurar como entonces se dijo, en la principal edición de las obras del cantor cubano, mientras que la otra, que es traducción de J. Domingo Diéguez, había aparecido ya en un periódico antiguo, "El Museo Guatemalteco."

En todo caso, estamos seguros de que los lectores de "La Revista," verán con agrado que se aprecie en su patria la memoria del Virgilio americano; que si la Academia de México engalana las columnas de su repertorio con el libro I del poema de nuestro compatriota, reproduzcamos aquí la versión parafrástica, ejecutada con arte singular por Don Joaquín Arcadio Pagaza.

A. B.

LOS LAGOS DE MEXICO

LIBRO PRIMERO DEL POEMA LATINO

INTITULADO

RUSTICATIO MEXICANA

Del P. Rafael Landívar, S. I.*

Versión Parafrástica

Obtegat arcanis alius sua sensa figuris,
Abst usas quarum nemo penetrare latebras
Ausit, et ingrato mentem torquere labore.

Disfrace con retóricas figuras
El otro su palabra y pensamiento;
Porque ninguno intente
Penetrar en latebras tan obscuras
Y á su mente confusa dar tormento;
Ora conceda raciocinio al bruto,
Ora süave acento;
Ya de armas nos presente el campo hirsuto;
Ya debelada la extendida tierra
Por el furor de asoladora guerra.
Á mí me agrada sólo, del nativo
Suelo ferace recorrer los prados
Al impulso de vivo
Patrio amor, y los lagos azulados
De México; y de Flora á los serenos
Huertecillos flotantes
De amapolas, y lirio y rosa llenos
Ir en canoas leves y sonantes.
Ya la cumbre negruzca del Jorullo
En donde impera el sículo Vulcano,
Ya los arroyos que con blando arrullo
Del monte bajan á regar el llano
He de cantar, y la preciosa grana,
Y el añil que revista al campo ameno,
Del castor los palacios, y las minas
Que esconde Anáhuac en su virgen seno;
Y las cándidas mieles
Que del azúcar la jugosa caña
De México produce en los vergeles,
Y que ávido el colono
Se apresta diestro á condensar con maña
De rojo barro en quebradizo cono.
Y he de cantar los tímidos rebaños
Que en este suelo pastan esparcidos;
Y los murmurios de la clara fuente
Siguiendo su corriente;
Las costumbres de tiempos fenecidos;
Y las variadas aves,
Los sacrificios, y los juegos graves.
Debía, lo confieso,
Antes vestirme con luctuoso manto;
Verter amargo y silencioso llanto
Y sucumbir de mi dolor al peso.
Que, mientras nazcan flores
De las colinas en las rampas bellas
Y emitan luz radiosa las estrellas,
He de llevar conmigo mis dolores.
Mas ¡ay! que aun me obliga
De la bárbara suerte la enemiga
Y cruda mano que sus rudos tiros
A mí dirige, en el llagado pecho
Á reprimir el duelo y los suspiros.
¿Á qué fin exhalar tristes querellas?....
Antes mejor á la serena altura
Del Pindo subiré, y al rubio Apolo,
Caudillo de las Ninfas y ventura,
Invocaré tan sólo.
¡Alguna vez apártase del suelo
El alma herida por buscar consuelo!
¡Tú, docto Cintio, que con mano amiga
El plectro mueves, y á las musas sacras
Enseñas á entonar dulce cantiga;
Tú, á mí, que narro cosas verdaderas,
Que alguien, por raras, juzgará quimeras,
Sé propicio; y llamado,
Tu acento dame suave y regalado!
Existe una ciudad al Occidente,
Lejos de aquí, del mundo conocida
Con el nombre de México; esplendente
Es su cielo, muy amplia y concurrida;
Famosa por sus ínclitas proezas,
Por sus hijos, su clima y sus riquezas.
En otro tiempo domeñó orgullosa
Sin sombra de litigio

* El P. Landívar nació en Guatemala el 27 de octubre de 1731; entró en la Compañía de Jesús en el Colegio de Tepotzotlán el 7 de febrero de 1750. Con motivo de la expulsión salió de su patria, pasó á Italia, y falleció en Bolonia el 27 de septiembre de 1793. Se hicieron dos ediciones de su poema: la primera en Módena, 1781; la segunda, corregida y aumentada, en Bolonia, 1782; ambas en octavo.

Á la casta del indio recelosa,
De fe, entusiasmo, y de valor prodigio.
El español ahora
Á las razas y pueblos subyugando
En guerra pertinaz y asoladora,
El cetro empuña del supremo mando.
Á esta ciudad limpísimas rodean
De dos lagunas las cerúleas aguas
Donde á impulso del remo culebrean
Las ligeras y gráciles piraguas.
No intento en mis cantares
Hablar de todos los pequeños mares
Que distan de la corte, pues no todos
Acogen en su seno tantos ríos;
Ni pueblan sus orillas y recodos
Peces sin cuento de luciente escama;
Ni flotan en su tersa superficie
Tantos jardines de luciente grama
Y de flores innúmeras vestidos;
Ni el aleteo escuchan y graznidos
De ánades mil que pazcan á su margen;
Sino de aquellos lagos que colora
De púrpura la Aurora,
Y el claro Febo al asomar la frente
Sobre los montes del risueño Oriente,
Con rayos de oro próvido ilumina
Cuando al venir el aterido Invierno
Al austral polo lánguido se inclina.
Y aquel canal que viene serpeando
Sin cesar, y al comercio favorece,
Sus márgenes de espuma salpicando
Y que resbala blando
Delicia de los dulces moradores,
Ya que la orilla se corona en flores.
Á ellos vecinas, cabe la ribera
Levántanse dos pueblos que renombre
Á estas lagunas dieron;
El uno es Chalco, llámase Tezcuco
El otro, porque entrambos recibieron
De la lengua vernácula su nombre.
De un lago, más que de otro, preferidas
Las aguas son, que míranse adormidas
Acoger á las cóncavas chalupas,
Y á la ciudad envuelta en gasa leve
Circunvalar en forma de muralla;
Porque aquellas de Chalco son más puras,
Más dulces, y á los mansos habitantes
De México ella nutre
Con las mieses y cármenes flotantes
Que en sus riberas cría;
Y es primer gloria de inmortal valía
Y ornamento del campo cultivado.
En su álveo extenso las amenas aguas
Encierra y dulces; porque allí atesora
La que le entra por cauces escondidos
Linfa tranquila ó turbia y bullidora,
Y otros sin nombre limpios arroyuelos;
Y cien undosos ríos
Que desconfianza infunden y recelos
Al valle con sus ímpetus bravíos.
Allí no imperan el sañudo Bóreas
Y el Austro nebuloso,
Ni el Céfiro feliz y Euro rabioso
Se retan en aquellas soledades
Líquidas, á la lucha, desatando
Las sombrías y roncas tempestades.
Sólo se escucha allí murmurio blando
Los vientos, de reinar sin esperanza,
Se encierran en sus antros; mientra impera
Sobre las linfas plácida bonanza.
Y aun cuando el valle truécase de Chalco
En líquida llanura, dulce fuente
Broto en el centro en medio de las olas
Callada y trasparente;
Y á la cual no colora de la orilla
Aquella indócil y bermeja arcilla,
Ni de campos vecinos y lodosos
La afean aluviones cenagosos;
Sino que es incolora, pura, clara,
Y tanto que las guijas de su seno
Puede mirar cualquiera, y ¡cosa rara!
Aun numerarlas. El arroyo ameno,
Al brotar del abismo, con gran fuerza
Gélida el agua arroja
Y las aguas del lago desaloja
En círculos que míranse menores
Y se alejan haciéndose mayores.
Como en tiempos remotos el Alfeo
Argivo, que en sus áridas riberas
Después de hundirse, por el antro obscuro
Con rápido y eterno culebreo
Resbala bien seguro

Y ansioso en medio de las sombras fieras,
Muy debajo del piélago bravío,
Y de las olas vanas
Sin escuchar el rebramar impío,
Hasta no ver las tierras sicilianas
Y salir, oh Aretusa, por tu boca
Y revestirte de argentada toca;
No de otro modo viene aquella fuente
Con lánguida corriente
Por debajo las tierras socavadas
Hasta aspirar las auras deseadas.
Pero, de dónde fluya y tome origen
Aqueste manantial, por qué se elevan
Al nacer, y entre sí rabiosas bregan
En grato desconcierto
Las claras linfas, es del todo incierto.
¿ Ni quién negar ó defender podría,
Que el aire en las secretas cavidades
Se satura de aquellas humedades
Y en varias gotas, luego que se enfría,
Se condensa, y las frondas
Salpica de la grama; rueda al suelo,
Allí se embebe, y en cerúleas ondas
Abajo nace en forma de arroyuelo ?
¿ O que las linfas de la mar salobre
Se recalan talvez en las cavernas
Tenebrosas internas
Y luego suben su nivel buscando
Por angostas y fáciles rendijas
El sabor amarguísimo dejando
Entre la arena pedernal y guijas
Hasta fluir encima la llanura
Haciendo rebosar lagos y fuentes,
Al heno humilde y árboles ingentes
Dando incremento, júbilo y verdura?
¿ O que talvez de los excelsos montes
Donde se apoya el cristalino cielo,
Vistiendo los azules horizontes
De húmedas nubes y albicante hielo,
Tomen origen las lagunas vastas,
El manantial y plácido arroyuelo?
Y aquesta es la sentencia
Que confirman acordes la experiencia
Y el razonado parecer de aquellos
Á quienes ocultó la recelosa
Madre Naturaleza
De sus arcanos la eternal grandeza,
De sus obras la serie portentosa;
Pues ni á nosotros reveló clemente
El origen excelso de esta fuente.
Porque aunque, el llano, de las crespas olas
Divide las montañas, y collado
Ninguno se levanta resguardado
Y de grama vestido y frescas violas,
No á muy larga distancia
Dos montes llevan la orgullosa frente
Hasta llegar al cielo refulgente
Y con denuedo é insólita arrogancia
Amenazarle. En la brumosa cumbre
Nieve y hielos entrambos atesoran
Que en el espacio el aquilón coagula
Y en muchas millas pródigo acumula.
Estas nieves y hielos, á la lumbre
Del claro sol liquídanse y del viento
Al raudo soplo; buscan el asiento
Del monte, y gota á gota en las cavernas
Se infiltran; abren brecha por un lado
De aquellas ígneas y trementes fraguas;
Y salen en ejército formando
Á debalar á las palustres aguas.
Hay otra maravilla
Insigne, insueta, de ínclito renombre
Y que entre todos los prodigios brilla:
Una alta cruz de níveo y duro mármol
Del artista labrado por la diestra
Y que pulida y diáfana se muestra,
De aqueste manantial en lo más hondo
Tan bien plantada en el cerúleo fondo
Que no hay fuerza á arrancarla suficiente;
Mas, qué indiquen aquestos monumentos,
Y cual sea su origen venerable,
Nada dicen, y en niebla impenetrable
Se envuelven los antiguos documentos.
Al ver este prodigio el círreo Apolo
Deje en silencio á la Castalia fuente;
De Aretusa feliz las castas linfas
Que al pie resbalan de palustres frondas,
Y las líbicas ondas
Desdeñe altivo Júpiter potente;
Enmudezcan los númenes sombríos
De los espúmeos y sonoros ríos;
Y la fama en sus himnos inmortales
Celebre de contino

De México los límpidos raudales
Y el claro nombre que le dió el destino.
Apresuráos ahora,
Ya que el cielo benigno nos concede
Mares que el Noto alborotar no puede
É invitan á la turba bullidora
De flotantes y angostos barquichuelos;
Yo, más osado, mi veloz barquilla
Quiero amarrar de la verdosa orilla
Por ver de Flora los nadantes huertos
Á que los indios hábiles y expertos
Han llamado *Chinampas*. Tú, entretanto,
Oh de Favonio peregrina esposa,
Que ceñida de juncos, mirto y rosa,
Al desplegar la orla de tu manto
A la mustia pradera
Das con las flores júbilo y encanto,
Dime, te ruego: ¿quién, sobre las aguas
En prados flotadores
Sembró hortalizas, árboles y flores?
¿Quién ha trocado en fértiles praderas
Estos pequeños y tranquilos mares
Cuando vistes de fruta los pomares?
Los antiguos primeros mexicanos
En medio de la frígida laguna
La gran ciudad establecer ufanos
Quisieron, con tan próspera fortuna,
Con tal habilidad, que andando el tiempo,
Fue, por su bizarría,
El centro de esta grande monarquía.
Mas ¡ay! con tal empeño, con tal fausto
Los templos de sus dioses erigieron
Y palacios y alcázares subieron
Y alminares al éter zafirino;
Tanto, y en breve, la industriosa gente
Sufrida, humilde, dócil y valiente
Más que otras razas, á aumentarse vino
Que al rey de Atzcapotzalco, á quien pagaban
El tributo, recelos inspiraban.
Este monarca bárbaro nutría
Un fuego que aumentaba por instantes
Al ver multiplicar los habitantes
De Tenochtítlan que al par crecía;
Y por eso resuelve la manera
De aniquilarlos, y un tributo nuevo
Les impone, que era
Sobre sus fuerzas ¡hórrida quimera!
Les manda que le lleven sin demora
Sobre las linfas odorantes huertos
Sembrados con los frutos que atesora
El Anáhuac, y de árboles cubiertos;
Y que, si rehusaban
Obedecerle ¡situación horrible!
Porque tal vez creyeran imposible
Sus órdenes cumplir, arrasaría
Á la ciudad; llevando sus furores
Al grado de amargar con muerte impía
Á los inermes tristes moradores.
Á los cielos alzaron sus gemidos
Todos ellos confusos y afligidos,
É hicieron resonar con sus lamentos,
Mesando la erizada cabellera,
Los templos de sus númenes sangrientos.
Mas, tantos males evitó prudente
La rara habilidad de aquella gente.
Fíados en su ingenio y en la fuerza
De sus robustos varoniles pechos,
Á la obra se dedican;
Dejan sus ondas y pajizos techos;
En los breñales hórridos se implican
Buscando en los senderos tortüosos
Flexible esparto y árboles frondosos.
Á cada cual con admirable tino
Su labor le señala, ofreciendo
Por recompensa premio no mezquino.
Unos desprenden las torcidas ramas
De tiernos mimbres; otros las barquillas
Llenan con ellas y con rubias gramas;
Y éstos, á remo, las crujientes quillas
Conducen á las plácidas orillas.
Hierve el gentío, se fatiga y suda;
Y el entusiasmo noble
Á ver concluida la labor ayuda.
Después que el pueblo con maduro examen
Formó el acervo de madera y mimbre,
Unidos todos, con delgadas hojas
Y con tenaz esparto en vez de urdimbre,
Á costa de fatigas y congojas,
Largas alfombras ávidos tejieron
Á oblonga estera en todo semejantes;
Muy cerca de los muros las abrieron;
Y aquí y allá, dejando vastas sendas,

Sobre el lago salobre las tendieron.
Y porque no los vientos procelosos
Esparzan, ó se lleven las turgentes
Bravas olas cármenes nacientes,
Ponen debajo, de nudosos robles
Vigas ingentes y atan las esteras
Al grande peso que las tiene inmobles.

[*Continuará*]

RECUERDOS

De un Viaje por España.

[Continuación]

La región aragonesa que estaba ya recorriendo despertaba en mí muy dulces impresiones, porque aquel pedazo de España ocupa en la historia de Europa muy importante lugar, y no es posible visitarlo sin que á la mente vengan en tropel las ideas que con su pasado se enlazan, por poco que de los fastos de ese antiguo reino se sepa. Las sombras de la noche que á los viajeros envolvían me permitieron recordar todo lo grande y curioso de esa tierra ilustre, y mi simpático compañero riojano parecía ya cansado de hablar, encerrándose en el más profundo silencio; de suerte que mi meditación no fue por él interrumpida. Quizá también pensaba ese caballero en las hazañas ejecutadas en otros siglos por los aragoneses; acaso su natural orgullo, como buen español que busca en las glorias de su patria aliento y consuelo para su espíritu, lo hacía refugiarse en el florido campo de los históricos recuerdos. Es que hay momentos en que el hombre huye del trato con los demás, recogiéndose dentro de sí mismo, como si en otras esferas quisiese encontrar el descanso que ha menester en medio del barullo y de las tristes realidades de la existencia.

En cuanto á mí, no olvidaba que las instituciones políticas de Aragón se asemejaron mucho á las de Castilla, de las que difirieron, no obstante, en puntos de verdadero interés. Unióse con Cataluña en el siglo XII y con Valencia en el XIII, y dejó ya de estar limitado por sus estériles montañas, proporcionándosele puertos cómodos para acrecentar su tráfico y acometer empresas de magnitud en el exterior. Los príncipes aragoneses respetaron las instituciones del país y trabajaron por engrandecerlo, aunque fuese bien reducida la autoridad de que disponían. Facultades muy peligrosas tuvo allí por las leyes la aristocracia; y aquellos señores, como los de Castilla, gozaban del privilegio de desafiar al soberano. Esforzáronse los reyes en disminuir el poder de los nobles y encerrarlo en términos más regulares; y Don Pedro II llegó á despojarlos de muy preciados derechos, aunque no por eso dejaran los inquietos barones de conmover profundamente al país; esos choques hiciéronse más frecuentes desde que Don Alfonso III aprobó los llamados fueros de la unión, por los que se autorizaba á los súbditos para acudir al empleo de las armas cuando se atacasen sus libertades. Pero la influencia del clero no alcanzó allí tanta altura como en los otros reinos de la Península, y Aragón sostuvo siempre su independencia de la supremacía temporal de Roma.

Estos y otros rasgos de la historia de esa región me eran muy conocidos por los escritos de Prescott, en los que se ve que, antes de haber principiado la representación popular en Castilla, comenzó á disfrutarse de ese beneficio en la monarquía aragonesa. Pero el principal recuerdo que de ésta ha quedado, el más interesante sin duda, es el que se refiere al Justicia, magistrado que no sólo entendía en negocios judiciales, en los que su autoridad era suprema, sino que decidía en orden á la validez de las cédulas y demás provisiones reales; era consejero nato y perpetuo del soberano, de quien nunca se apartaba, y de quien recibía el juramento previo á la coronación.

Distraído con estas reminiscencias estaba, cuando mi compañero de viaje, abandonando su actitud meditabunda, me dijo: "¿En qué piensa Ud.? me parece observarle poco comunicativo." Expliquéle entonces los pensamientos que me embargaban, repitiéndole, casi en los mismos términos que expresados dejo y que son más ó menos los del escritor inglés Prescott, lo que me ocurría acerca de Aragón, é insistí en la importancia de la institución del Jnsticia. Animóse mi ilustrado iuterlocutor, y repuso: "Lo que Ud. no sabe quizá, es que ese alto funcionario permanecía con la cabeza cubierta y sentado, cuando el rey, arrodillado ante él y descubierto, juraba guardar incólumes las libertades aragonesas; acto que hace ver que la ley estaba por encima de todo."

Detúvose el tren, y el conductor gritó: "Gallur." Dirigí la vista por todos lados y pude comprender que era de poca importancia ese lugar, perteneciente al partido judicial de Borja, al lado del río Ebro. —No puedo, dije al riojano, pasar por esta tierra de Aragón sin recordar que en ella murió Amílcar Barca peleando contra los beliones en la guerra de los cartagineses. —Todo eso es verdad, me respondió, pero á mí me dominan ahora otros pensamientos;" y permaneció un instante sin hablar, como quien teme decir lo que le ocurre. Brillaban sus ojos, y presumí que su corazón se conmovía, que se agitaba su mente, y que su fantasía estaba bajo el peso de impresiones de que no le era dado libertarse.

—Escuche Ud., me dijo, me inspira Ud. suficiente confianza para que yo me permita alguna expansión." Algo de carácter muy íntimo quería indudablemente manifestarme; díle las gracias y le supliqué se desahogara sin escrúpulo ni reserva. "¿No cree Ud., añadió, que el hombre no puede dirigir su conducta sólo por el sentimiento, sino que han de prevalecer las ideas de la razón y las doctrinas de la moral?" —Así es, le dije, porque no es posible sostener la infalibilidad de las pasiones; pero, francamente, no alcanzo lo que Ud. quiere significar. —A ello voy, amigo mio, y ya que el tren sigue su marcha para Luceni, que es el primer pueblo en que vamos á tocar y que nada notable ofrece, aprovecharé la bondad de Ud. para descubrirle mis secretos. Años hace, antes de mi viaje á América, tuve por acá devaneos que motivaron después el temporal abandono que hice de España. Ese Gallur, en que acabamos de parar y que no es más que una villa con ayuntamiento, fue testigo de mi felicidad, es decir de mis locuras, pero locuras excusables cuando uno es joven, y sobre todo cuando de ellas se arrepiente y avergüenza para no repetirlas. Conocí en una aldea de Navarra una chica que me trastornó el juicio; no sería hermosa, si Ud. quiere; pero me cautivó, y la seguí á ese inolvidable Gallur, á donde vino con su anciana madre. Aunque era gente honrada, y la niña no había hasta entonces dado alimento á la murmuración, pues sabía conducirse, se opuso mi familia á tales inclinaciones mías, y todos los de mi casa me escribían conjurándome á sofocarlas, porque, según ellos, yo podía casarme con una mujer de clase social menos humilde. Ningún caso hice de indicaciones semejantes, y todas las noches estaba yo cantando, acompañado de la guitarra, á la reja del ángel de mis ensueños, tiernamente correspondido por tan admirable criatura. Corría el tiempo, y se presentó otro pretendiente ofreciendo su mano para un breve plazo. Llamóme la madre de la chica, y me preguntó si estaba yo dispuesto á cumplir mi promesa matrimonial, porque de otra suerte sería preferido el otro, y despedido yo de la casa. A la verdad, no me manejé como caballero; mentí, ofreciendo casarme pronto; prescindióse del competidor, que abandonó el campo,

echando pestes contra mí, y me sostuve en mi actitud; más como yo sabía que era invencible la resistencia, no muy justificada por cierto, de mis padres, y no contaba con recursos para casarme, la dejé después de algunos meses, sin pensar en que quedaba abandonada al más profundo dolor, pues me quería con decisión verdadera.

—Fue Ud., le dije, víctima de su corazón, instrumento de su sensibilidad, y ahora me explico lo oportuno de las palabras con que quiso exordiar su relato. Le compadezco á Ud., porque al cabo de tantos años, me parece que todavía se inclina á la deidad de Gallur. —No he logrado verla, repuso, desde que volví de América; pero estoy informado de que mis galanteos la han perjudicado mucho, alejándole pretendientes; y lo peor es que mi familia se opondría siempre, lo conozco, á que yo la tomara por mujer, y no quiero proporcionar un disgusto á mi padre, y menos á la autora de mis días, que tiene por mí la más tierna predilección, y ha hecho en mi favor costosos sacrificios. Declaro á Ud. que no había fuerza que me dominara, ni razonamiento que me contuviera cuando andaba yo persiguiendo á esa niña, pero ahora estoy dispuesto á tomar otro camino: no quiero vivir como sonámbulo, corriendo tras de fantasmas. ¿Para qué volver á agitarme en busca de una muchacha con quien no me es dado unir mi suerte por la bendición nupcial? Si yo desoyera la voz del amor que á mi madre profeso, y sólo escuchara la del cariño que me inspira esa joven, iría á reanudar mi amistoso trato con ella, diciéndole que mis faltas están suficientemente expiadas por seis años de larga ausencia en extraño suelo, y creo que no se mostraría inflexible; pero esos son delirios de una mente acalorada. El concepto que tengo del deber me llama á procederes más juiciosos, por débil que sea la base en que descansa la oposición de mi familia. Mucha consideración merece una madre. y particular afecto la que, como la mía, tanto se ha sacrificado por el hijo de sus entrañas. En ese camino he de sostenerme, haciéndome superior á los impulsos que pudieran arrastrarme en pos del objeto antes adorado. Hay que cicatrizar las llagas abiertas, en vez de seguir avivándolas, y precaverse de los peligros del amor, cuyo nombre es tan grato como el de la libertad, y cuyo uso, como el de ésta, es tan difícil y tan funesto el abuso. Prefiero los goces sosegados, porque no tienen espinas que puncen la mano de quien pretende asirlos. Mi tránsito por la estación de esa pobre villa me trajo un soplo del aire que se respira en ella, y esto vino á despertar memorias que deben ir amortiguándose y perdiéndose entre la bruma lejana de un pasado quo no ha de reproducirse más. Y ya que otra cosa no puedo, consagro á la virtud de esa mujer desdichada un recuerdo cariñoso; que algún homenaje reclama siempre el infortunio que uno mismo ha provocado.

—Pero Ud., repliqué, no abusó de la ardiente simpatía que esa mujer le dispensaba; no hizo más que cortejarla hidalgamente y con calor, sin resolverse á un rompimiento que le hubiera sido muy amargo; supongo que eso fue lo que hubo, pues hago á Ud. la justicia de considerarlo tan probo como caballeroso.

—No hubo más, me dijo. Fascinado por sus gracias, atraído por sus encantos, vivía yo en muy dulce letargo, sin ocuparme en nada, consumiendo los fondos de mi familia, y llenándome de deudas, que al volver de América he podido cubrir. Gallur, situado en un barranco, entre el río Ebro y el canal Imperial, me parecía una mansión deliciosa, y ante ella se eclipsaban Madrid y Sevilla, que en tales circunstancias habrían sido para mí áridos desiertos. Ha de saber Ud. que en estas provincias son generalmente

sanas las costumbres; el hálito envenenado de la corrupción no se ha hecho casi sentir por acá; y en estos pueblos nadie se atreve á requerir de amores a una moza si no es con buenos fines; eso de mancillar su honor y dejarla burlada, no es muy común en estos sitios. No hay en ellos, si Ud. quiere, grandes adelantos; pero, en cambio, corre por limpio cauce la existencia individual y colectiva, no por caños sucios y cenagosos.

Caminaba más velozmente el tren para reponer el tiempo perdido con tantos retrasos, y parecía que los viajeros íbamos disparados como flechas, saltando de un lugar á otro. Impedíanos la noche recrearnos con el espectáculo de los paisajes que á la luz del día se ofrecen á las miradas; y yo sentía mucho no poder contemplar el histórico y caudaloso Ebro, el *Iberus* de los antiguos, que nace en la provincia de Santander, á poca distancia de Reinosa, corre por Navarra, Aragón y Cataluña, y lleva sus aguas al Mediterráneo, después de un curso de quinientos kilómetros. Había yo pasado por Tudela, y cerca de allí se ve el famoso río; pero no había logrado examinarlo, y me prometía hacerlo á mi sabor en Zaragoza.

Después de tocar en Luceni, donde existe un viejo palacio señorial, perteneciente á los condes de Fuenclara, llegamos á Pedrola, nombre de un pueblo que está en terreno llano, á la orilla del canal; seguimos nuestra marcha, sin que nada particular ocurriese, y nos encontramos en Alagón, villa de alguna importancia, del partido judicial de Almunia, colocada en una llanura espaciosa, próxima á la confluencia del Jalón y del Ebro. Desde allí fuimos á Las Casetas, y al cabo de un breve rato estábamos en la capital de la provincia, es decir en la muy deseada Zaragoza. Era más de media noche cuando paramos en la estación de ese lugar, á la que, según la "Guía Oficial de los Ferrocarriles," debimos haber llegado dos horas antes. A juzgar por el primer golpe de vista, parecióme vasta y populosa la ciudad, perfectamente iluminada, ofreciendo el alumbrado y la multitud de ómnibus y otros carruajes que en la magnífica estación había, una idea de lo grandioso de la metrópoli aragonesa.

Está Zaragoza bañada en casi toda su longitud por el Ebro, y con sus torres y chapiteles se yergue altiva en medio de dilatado valle. Es ciudad abierta, y esa circunstancia le ha traído grandes males, deducidos de los dos asedios que en 1808 y 1809 le pusieron los franceses, y en los que se hizo notar por el heroico valor con que fue defendida por sus habitantes, si bien tuvo que capitular, no sin sufrir una epidemia que le arrebató treinta mil de sus hijos. *Salduba* fue el nombre que llevó en los primitivos tiempos, y *Caesarea Augusta* el que después tuvo, y del que por corrupción procede el que hoy se le da. Fue escogida por Augusto para su residencia, quizá por encontrarse en las márgenes de caudaloso río, y se la honró con el título de colonia romana inmune, otorgándosele varios privilegios, entre otros el de batir moneda. Hízose de ella el centro de un gran número de caminos, que facilitaban á los romanos la marcha y operaciones de sus ejércitos. La tomaron los godos, á las órdenes de Eurico, en 466; y cuando la Península fue invadida por los árabes, sirvió de refugio á muchos españoles; pero después de vigorosa resistencia, consiguieron los sarracenos que se les rindiese, siendo en tal virtud ocupada en 712 por Tarek y Muza. La dominación de la Media Luna terminó en Zaragoza con la reconquista hecha en 1118 por el rey Alfonso I. Tiene unos cien mil habitantes, y poseé monumentos dignos de una gran ciudad, entre otros la catedral del Pilar, el templo de la Seo, la Torre Nueva y gran número de palacios y moradas fastuosas.

Mi estimable compañero el riojano me invitó á que me encaminase á la casa en que él iba á parar, diciéndome que pertenecía á amigos suyos, y que éstos tendrían gusto en recibirme allí y atenderme. Me excusé del mejor modo que pude, le pedí su dirección para buscarlo al día siguiente; y después de estrecharle la mano, me coloqué en un ómnibus, y me dejé llevar á una fonda que el conductor del vehículo me había recomendado como buena. Me apeé allí; pero no fui admitido, porque el mozo que estaba á la puerta me dijo que no había alojamiento. Encontréme, pues, con mi valija, en la calle, á la una de la noche, sin saber que partido tomar. Un muchacho que por allí andaba, se ofreció á llevarme la valija y conducirme á una hostería; fuimos allá, y tampoco se me proporcionó habitación; seguí con el chico recorriendo la ciudad, y cansado de tantas vueltas inútiles, pregunté à un agente de orden público lo que debiese hacer para dar con un cuarto ó al menos con una cama. El individuo aquel me llevó á una casa inmediata, donde una familia, que no cuidaba huéspedes, me recibió por favor, provisionalmente, mientras buscaba yo, después de esa noche, donde alojarme. Acababa de meterme en una mala cama, en una pieza contigua á una cocina insoportable por el fuerte olor del aceite, y estaba ya conciliando el sueño, cuando vino á interrumpir mi descanso el barullo que en la calle hacía, con panderetas y guitarras, un pelotón de los soldados que en el tren vinieron conmigo desde Navarra. Largo rato duró el jaleo, hasta que al fin pude entregarme al reposo, no sin contemplar en sueños la silueta del general Martínez Campos, ministro de la guerra, que ordenó se licenciase la mitad del ejército de infantería, de la que formaban parte los que, de tan extemporáneo modo, habían acudido á cantar y tocar sus instrumentos frente á la habitación en que me hallaba.

Pocas horas después me despertó el sol que estaba ya alumbrando la histórica ciudad; me puse en pié, despedíme de la bondadosa familia que tan oportunamente quiso favorecerme, y me trasladé á una posada bastante buena. Al atravesar la calle, advertí que la población era muy animada, y pareciéronme esbeltos y hermosos los edificios que pocas horas antes, iluminados por mil focos de luz, desfilaron á mi vista con la rapidez de los cuadros de una linterna mágica. Dos agradables señoras, madre é hija, bastante joven esta última y un tanto agraciada, administraban la hostería de que acabo de hablar; según supe, la joven era una viuda que perdió al marido al cabo de año y medio de matrimonio; fue, pues, éste un relámpago; y como no quedase sucesión, pretendía la viuda pasar por una de esas señoritas que nunca han salido del regazo de la madre, manteniéndose pudorosas y célibes; esto me dijo un tunante gallego allí alojado, y, según el cual, pertenecía aquella mujer al número de las doncellas putativas, solicitadas por caballeros mozos y gallardos, de quienes habla Gil Blas, cuando en tan conocida obra se describe el tipo de una aventurera de Madrid que con especial arte representaba el papel de recatada y distinguida señorita.

Mi primera diligencia, después de posesionarme de mi cuarto en esa casa, fue salir en busca de don Marceliano Isábal, notable jurisconsulto, para quien llevaba yo una carta de recomendación que me proporcionó el Sr. don Valero Pujol, de quien es próximo deudo el referido Sr. Isábal. Acogióme éste de un modo cariñoso, y me llevó á recorrer la ciudad. El Casino fue el primer establecimiento á que me condujo, y que me pareció de positiva importancia por lo amplio y fastuoso del local; entre sus adornos figuran grandes retratos al óleo y de cuerpo entero, de los antiguos soberanos argoneses; allí contemplé á Ramiro, que en el

undécimo siglo fue el primer jefe de Aragón y que murió peleando contra los moros; vi también á su nieto, Ramiro el Monje, retirado del claustro para subir al trono y que, después de abdicar el cetro en su hija Petronila, volvióse á la vida monástica, de la que no quiso ya apartarse más; Pedro I, que hizo la conquista de varias regiones para ensanchar sus dominios, es otro de los soberanos que á mi vista se presentaron; examiné después el retrato de Pedro II, inmortal en los fastos de España por la gran parte que tomó en el triunfo obtenido en las Navas de Tolosa en 1212; allí vi á Pedro III, excomulgado por el papa y secreto promovedor, según se dice, de las Vísperas Sicilianas; á Pedro IV, vencedor de los genoveses, que le disputaban la Cerdeña, y fundador de la universidad de Huesca; á Jaime I, que quitó á los moros el reino de Valencia, y consiguió poseer definitivamente los condados de Barcelona y el Rosellón y el señorío de Montpellier; á Jaime II, en fin, á quien cupo en suerte confirmar los privilegios de los aragoneses. Magníficas pinturas, que representan á esos y otros reyes de Aragón, me fue dado contemplar en el Casino de Zaragoza, en el que la solicitud de los socios ha reunido todo lo que puede contribuir al grato recreo de las personas que al establecimiento concurren. Círculos como ese, favorables á la expansión del ánimo y aun á la vida intelectual y moral de sus individuos, son medios de apreciar la cultura de la ciudad, villa ó pueblo en que existen, porque en cierto modo reflejan y reproducen las tendencias que en esos lugares se abrigan por el ensanche del progreso, y éste es más fácil de obtener allí donde los hombres se asocian y se confunden en el ameno trato social.

[*Se continuará*]

A. Gómez Carrillo.

Guatemala: 7 de mayo de 1890.

COLECCION

de voces y locuciones viciosas y provinciales, que se usan en Guatemala, escrita en orden alfabético por

ANTONIO BATRES JÁUREGUI.

[*Continuación*]

L.

Ha prevalecido una indecisión tan grande en el uso de las formas complementarias, que ha venido á ser defecto grave del idioma, puesto que en medio de la diversa práctica de todos los escritores, se han esforzado en vano la Academia Española, Salvá, Hernández, Bello y otros gramáticos, á fin de regularizar el uso del *la*, *le* y *lo*.

Hasta fines del siglo XVI se confundió el caso dativo masculino del artículo *el* con el femenino del artículo *la*. Desde el siglo XVII, los mejores escritores usaron *la* para el dativo femenino y *le* para el masculino, sin faltar algunos, como el duque de Rivas y Martínez de la Rosa, que usaron constantemente de *le* y no de *la* para el femenino.

Don Antonio J. de Irisarri, que trató el punto, con la profundidad que en tales materias acostumbraba, se inclina al uso de *la* para el femenino y *le* para el masculino, como más sencillo, más ideológico y más usado en Castilla la Vieja.

Don Andrés Bello dice: "Si algo valiese mi opinión, recomendaría como preferible á todos el sistema de la Academia, que en la cuarta edición de su gramática, prescribe el uso de *le* y *les* como dativo masculino y femenino, el de *le* y *los* como acusativo masculino, y el de *la* y *las* como acusativo femenino, y sólo acusativo. La distinción de personas y cosas en el acusativo *le* ó *lo* y en los dativos *le* ó *la*, *los* ó *las*, es una especie de refinamiento que

puede sacrificarse á la simplicidad. Y en cuanto al *la* y *las* en el dativo, para evitar la anfibología, el castellano logra mejor ese fin por medio de la duplicación, esto es, al caso complementario la forma compuesta: "Encontré á D. Pedro con su esposa, y *le* dí, á *ella*, un ramo de flores."— (Gram., p. 281.)

La.

Es muy común el vicio de anteponer el artículo á nombres de mujeres; *v. g.*, la Juana, la Conchita, como dicen generalmente por acá. Semejante vicio nos viene de los mismos conquistadores, que así decían; pues hasta la fecha, la gente ignorante antepone en Castilla dicho artículo á los nombres propios de mujer. En estilo de notaría, es castizo el uso de tal artículo definido, aun antes de nombre de varón; y así vemos en escritos jurídicos publicados en España; alegó el Manuel, falta á la verdad el Juan Martínez. Dícese, *los* Pedros, *los* Franciscos, abundan en Guatemala; porque se sobrentiende *los nombres de.*

Es galicismo poner artículo á algunos nombres de provincia ó región, como *la* España, *la* Guatemala, *el* Quezaltenango, á no ser en locuciones como estas: "La España de Carlos V; la Guatemala del tiempo de la Colonia; el Quezaltenango de aquellos años." Debe decirse: "El clima de España; el cielo de Guatemala; el frío de Quezaltenango," sin anteponer en estos casos artículo alguno.

Lo que soy yo.

En buen castellano, dígase: "lo que es yo."

Señora Rita, ¿quién es
El que echa esas seguidillas?
¡Qué! ¡Si hace hablar la guitarra!
¡Si parece un organista!
Lo que es yo toda la noche
Oyéndole me estaría.
(Trueba)

"Lo que es yo, libre está que declare." —*Hartzenbusch.*

Lacena.

Es corrupción de *alacena*, que es como se dice en español.

Ladino.

Significaba en castellano autiguo "el que hablaba alguna lengua extraña, además de la propia;" y de ahí vino que se diese el nombre de ladino al indio que hablaba el español, y que tenía ya las costumbres de la raza conquistadora. Hoy se llaman ladinos los nativos de estos países que hablan castellano y que no tienen el traje ni las costumbres de los indios. Ladino, en otra acepción castiza, vale *taimado, astuto, sagaz.* Véase *Aladinado.*

Laurel Cerezo.

En francés *laurier-cerise;* pero en castellano es laurel real, que no *cerezo.*

La Magnífica.

La gente ignorante, ó lo que es lo mismo, el mayor número, dice *la magnífica*, por *el Magnificat.*

Lamber.

Vulgarismo, que se usa en vez de *lamer*, que es el verbo castellano.

Lamprear.

Dice el diccionario que es componer ó guisar una vianda, friéndola

ó asándola primero, cociéndola después en vino ó agua, con azúcar ó miel ó especia fina, á la cual se añade un poco de agrio al tiempo de sacarla á la mesa.

Entre nosotros, dar una buena *lampreada*, significa aplicar una buena tunda de azotes á alguno. Se toma *lamprear* por *azotar*.

Lavadero.

Al decir de Salvá, es un provincialismo de la América Meridional que significa: el paraje del río ó arroyo de donde se sacan arenas ó pepitas de oro, que se lavan allí mismo, agitándolas dentro de una naveta de cuerno en la corriente del agua.

Lavador.

Es un instrumento de hierro que sirve para limpiar las armas de fuego; pero por acá se le da otra significación, aplicando el nombre de *lavador* á la mesa en que se coloca el recado para la limpieza y aseo de una persona; al cual llaman en Chile *lavatorio* y en España *lavabo*, voz que es de uso moderno, y que figura en la duodécima edición del diccionario de la Academia Española. En Nicaragua, Honduras y el Salvador dicen *lavatorio*.

Lana.

"El *lana*, lo mismo que el *cucuxque*, del cual hablaba yo hace pocos días, es una producción indígena de este país; y si tiene puntos de contacto con ciertos entes de otras partes, concurren en él condiciones y circunstancias especiales que le dan, por decirlo así, una fisonomía propia y *sui géneris*. El *lana* guatemalteco no es enteramente ni el *lépero* de México, ni el *roto* de Chile, ni el *jaque* de Andalucía; y sin embargo, participa de los caracteres de esos diferentes tipos de las clases ínfimas del pueblo. En cuanto al orígen del nombre *lana*, en la acepción en que aquí se toma y en la cual lo empleo en este artículo, supongo será el cobertor de lana ordinaria llamado entre nosotros *chamarra*, con que se abrigan los hombres del pueblo, y que, así suele servir de capa por el día, como de colcha por la noche. Es ciertamente un puro capricho el haber aplicado á una clase de la sociedad la palabra que denota una materia textil; y sólo la costumbre de emplearla en ese sentido, puede hacer que no nos choque su uso, y que comprendamos perfectamente que al decir en Guatemala, por ejemplo, "me han correteado los *lanas*," "muchos *lanas* entraron á la cárcel," "esa es acción de un *lana*, etc," se trata de hombres que corretearon, que fueron encarcelados, que han cometido un desaguisado, etc. Es muy probable que si los ciudadanos de la plebe de este país vistiesen seda, lienzo ó algodón, no se llamarían *lanas*, sino *sedas*, *lienzos* ó *algodones*; y se diría verbigracia, "anoche encontré á un *seda* completamente *bolo*, y ví que los *perejiles* cargaron con él y se lo llevaron á la *gerusa*.

Hace cosa de treinta y cinco ó cuarenta años, los *lanas* estaban en su apogeo. Desde las oraciones de la noche en adelante, especialmente en los barrios de la ciudad, eran señores de vidas y haciendas, anotando la crónica diaria las hazañas de esos caballeros. Los hombres decentes no salían entonces de sus casas por la noche, sino armados de trabucos, sables y hasta esmeriles, precauciones ineficaces muchas ve-

ces, pues no hay defensa que valga contra la piedra, arma favorita de los *lanas.*" (*Salomé Jil.* Cuadro de Costumbres *El Lana*, to. II., p. 85.)

[*Continuará*]

ANTONIO BATRES JÁUREGUI.

PREFACIO
DEL DICCIONARIO DE LITTRÉ

Traducido para LA REVISTA
Por el Lic. D. Manuel Echeverría.
[*Continúa*]

En el siglo XI es cuando comienzan las grandes composiciones poéticas; pero escritas en asonantes, fueron puestas en el siguiente en rimas más exactas; no nos quedan sino muy pocos poemas que puedan remontarse con certidumbre hasta ahí. Sin embargo, no es temeridad atribuir al siglo XI la Comisión de Roland, que ha conservado los asonantes primitivos y que además tiene todo el carácter de antigüedad. Las leyes de Guillermo, impuestas por el conquistador á la Inglaterra cuando se estableció el sistema feudal, son incontestablemente del siglo XI; solamente que los textos que tenemos de ellas no están libres de todos los retoques ni de esas influencias que dieron al francés hablado en Inglaterra un sello particular. Nada semejante puede decirse del poema de San Alexis, que es un excelente texto de la lengua escrita del siglo XI. No hay más que esos tres documentos en el período de 1100 á 1101.

El de 1101 á 1200 ve desarrollarse en su vuelo el movimiento y el trabajo comenzados en el siglo precedente. El siglo XII es la edad clásica de la literatura. Entonces se compusieron ó se retocaron las grandes canciones heroicas y se formaron los poemas del cielo bretón sobre la *Mesa redonda* y Artus. Los textos abundan; y, no pudiendo citarlos todos, es preciso hacer una elección. Se encontrará en la histórica, particularmente puesta en contribución, la leyenda de los Saxones, el poema tan notable de Rasul de Cambrai, las canciones del Señor de Cancí, el poema tan bien escrito y tan trabajado sobre el martirio de Santo Tomás de Cantorbéry, las traducciones del libro de los Salmos, de Job, de los Reyes, de los Macabeos y de los sermones de San Bernardo, Benoit y la crónica de Normandía, Wase y sus poemas de Brut y de Rou. De esa suerte, se tiene á la vista un testimonio suficiente de la manera de hablar y escribir del tiempo de Luis el Gordo y de Felipe Augusto.

El siglo XIII es en todos respectos la continuación del XII; no innova, pero nada deja deteriorar, y cultiva todos los géneros creados en la edad precedente. Solamente el número de textos conservados es mayor; es una inmensidad, si á lo publicado se agrega lo que en las bibliotecas permanece inédito. Los ejemplos de la "histórica" son tomados de Villehardoin y de Joinville, historiadores, el uno de principios y el otro de fines de ese siglo, de la Crónica de Reins, de Beaumanoir de Renart, epopeya burlesca y viva sátira de la sociedad feudal, de la Rose, de los romances, de la Canción de Antioco, de Borte de los grandes piés, de María de Francia, etc.

El siglo XIV pierde el gusto de las composiciones que habían formado el encanto de las edades precedentes, y sin embargo no está en situación de suplirlas con creaciones suyas; la originalidad languidece, pero eso no impide que los textos sean muy numerosos. Algunos solamente figuran en la "histórica;" para la poesía, el romance heroi-cómico de Baudoin de Sebourg, la vida de Bertrand du Guesclin, Machaut, Girart de Rossillon, etc.; para la prosa, Oresme, el traductor de Aristóteles, Bercheure, el de Tito Livio, Modus, que es un tratado sobre la caza, el Menager de París, que es una especie de guía de la administración de una casa y de una familia, las Crónicas de Sant-Denis, etc. [*Continuará*]

ROSENTHAL E HIJOS.

8a. Calle Oriente, Frente al Sagrario
Sucursal: Portal del Comercio.

Gran surtido de Artículos de Fantasía, Pianos, Muebles, Espejos, Papel de entapizar, Ropa interior, Ferretería, Escribanías, Objetos de tocador, Perfumería y todas las últimas novedades de Europa y Estados Unidos, tanto para adornos en general como para regalos de señoras y caballeros.

DE TAMAÑO PEQUEÑO

PERO DE

RESULTADOS GRANDES

TÓMENSE LAS

Pildoritas Vegetales

DE HOBB,

PARA EL

HIGADO

Y EL

ESTOMAGO

Se consigue la digestion más perfecta con el uso de **Las Pildoritas Vegetales de Hobb.** Este remedio maravilloso cura **Dolor de Cabeza, Dispepsia, Indigestion, y todas las enfermedades del Higado y del Estómago.**

Los siguientes síntomas resultan de las enfermedades de los órganos digestivos.

Constipación, Dolor de Cabeza Almorranas, Cardialgia, Mal Sabor, Nausea, Estómago Pesado, Lengua Sarrosa, Cútis Amarillo, Dolor de Costado, etc. Las Pildoritas Vegetales de Hobb librarán el sistema de estos y otros muchos desarreglos.

Son pequeñas, cubiertas de azúcar, y por lo mismo es fácil tomarlas. Una sola pildorita basta para la dósis. Son puramente Vegetales.

De venta en las principales Droguerías y Boticas.

HOBB'S MEDICINE CO., Fabricantes,
San Francisco, Cal., U. S. A.

De venta en Guatemala en la

FARMACIA "GRAN CENTRO."

E. GOUBAUD,

Libreria, Papeleria

—y—

Merceria.

CASA DE CONFIANZA.

El Gran Linimento del Dr. Hobb

PARA USO INTERIOR Y EXTERIOR.

Esta medicina afamada es sin duda el descubrimiento más maravilloso que en el mundo se conoce.

EL SELLO DORADO 6 la SÉPTIMA MARAVILLA cura prontamente las siguientes enfermedades: **Dolor de Cabeza, Neuralgia, Dolor de Muelas, Cólico y Dolor de Estómago, de Costado y de los Muslos, Reumatismo, Cólera Morbo, Diarrea, Flujo, Torceduras, Contorsiones, Heridas, Quemaduras, Picaduras de Insectos, Mordeduras de Serpientes Venenosas,** etc.

Las curas se efectuan casi instantáneamente, como por encanto.

De venta en las principales Droguerías y Boticas.

HOBB'S MEDICINE CO., Fabricantes,
San Francisco, Cal., U. S. A.

De venta en Guatemala en la

FARMACIA "GRAN CENTRO."

DROGUERIA Y FARMACIA

De R. Avila E.

Especialidad en el Despacho de Recetas,

PARA LAS QUE EMPLEA

Escrupuloso Esmero y Sustancias previamente Analizadas.

Ha merecido siempre los mas honrosos informes de la Facultad de Medicina y las recomendaciones desinteresadas de los mejores Médicos.

SIN IGUAL EN BARATURA.

PERFUMERIA FINA. **PINTURAS EN POLVO Y EN ACEITE.**

GUATEMALA.

EMPORIO DE LUZ.

Este es el sólo establecimiento de su clase en Centro-América donde las personas de gusto pueden pasar agradablemente algunos momentos contemplando las maravillas y curiosidades de la

GALERIA DE BELLAS ARTES

provista de un surtido variado y finísimo de Candelabros, Estátuas, Pinturas al Oleo, Acuarelas, Relojes de todas clases, etc., etc.

La persona que deseé hacer regalos encontrará en nuestra

Galería de Bellas Artes

ELEGANCIA, NOVEDAD, Y BARATURA SIN IGUAL.

WALTER C. LAMBERT.